

## CAPÍTULO SÉPTIMO

**La evolución general alrededor del año 1500 — El despertar de la conciencia nacional — La crisis constitucional — La crisis religiosa — Aparición de Lutero — Carlos V — La Dieta del Reich en Worms — El edicto religioso — Progreso del movimiento luterano — La debilidad del emperador — Incapacidad de los protestantes — Victoria y caída del emperador — Resultados de la lucha — ¿La reforma fué una desgracia?**

Se suele hablar de la mayor parte del pasado alemán como si se tratara de tiempos de decadencia. Lo mismo se ha afirmado del comienzo del siglo XVI, y no sólo por la situación indiscutiblemente desagradable de las condiciones estatales. La gran revolución en el terreno eclesiástico, que se inicia con el año 1521, se consideró generalmente durante mucho tiempo, y aun hoy muchos la consideran, como una consecuencia y un signo de decadencia, un fenómeno nacido de situaciones ruinosas. Este juicio es insostenible. A principios del siglo XVI, Alemania se hallaba muy lejos del signo de decadencia. Quien sin prejuicios deja hablar a los hechos, no puede abstraerse a la impresión de un progreso, en aumento constante, que comienza a fines del siglo XV y culmina en los dos decenios siguientes, en un período de real florecimiento en muchos aspectos.

En el terreno económico, no puede desconocerse el enorme aumento de riqueza. Ha crecido tanto, que nos en-

fluencia del modelo francés ha desaparecido por entero. La barbarización, que en la misma Francia tomó cuerpo a raíz de la guerra de los cien años, hizo enmudecer a la poesía; al mismo tiempo los sentimientos estrechos del sector aristocrático alemán, que, desde el fin de la política mundial de los Hohenstaufen, se movió en un círculo cada vez menos amplio, y finalmente la elevación de la burguesía, que tomó la dirección en la poesía, con los cantos de los menestrales, colaboraron para libertar a Alemania de la literatura francesa. Hasta en la corte de Carlos IV, que había sido educado a la francesa y estudiado en París, no se encuentra ninguna influencia de Francia sobre el activo fomento de los intereses literarios. Todo lo escrito y rimado en idioma alemán desde la mitad del siglo XIV hasta principios del siglo XVI, no alcanzó un elevado nivel espiritual, pero, al lado de las creaciones mucho más importantes de los siglos XII y XIII —naturalmente excluido siempre el Canto de los Nibelungos—, lleva impreso el sello de lo autóctono, de lo puramente alemán y comienza a ser de raíz nacional.

Lo mismo sucede con las artes. En una poderosa invasión, el gótico francés, con su técnica y su gusto, había conquistado a Alemania, en el siglo XIII. El arte de las últimas décadas de la Edad Media continúa siendo gótico, pero ya no representa un gótico francés. El gusto artístico se ha liberado del extranjero, y ha encontrado para la sensibilidad alemana una expresión nacional también propia. Las iglesias y los palacios municipales de este período, atestiguan hasta hoy, en la forma más elocuente, cómo y cuándo aprendió el pueblo alemán a caminar con sus propios medios en el campo del arte. Así pudo el joven Goethe definir el comienzo del siglo XVI

como la única era “en la cual puede Alemania enorgullecerse de poseer un arte propio, un arte patrio”.

Resumiendo todo esto, queda bien fundado el juicio según el cual no hubo otros tiempos como las décadas finales de la Edad Media, en los que la vida espiritual alemana se haya pertenecido tanto a sí misma y haya expresado el verdadero carácter del pueblo, mezclada con tan escasos aportes e influencias extrañas.

Al mismo tiempo el cuadro adquiere un rasgo peculiar, que distingue a Alemania de los demás países. Éste consiste, en la sorprendente difusión de la cultura espiritual en los más amplios círculos populares. Con las universidades, florecieron también las escuelas medias y primarias, y cuando la invención de la imprenta hizo famoso en todo el mundo el nombre de los alemanes, unido por primera vez a una proeza de la técnica, se creó en la misma Alemania, el medio para dar también a los más vastos grupos, participación en su labor intelectual y en las luchas espirituales. Por este “arte alemán”, el pueblo de Alemania se adelantó de golpe a todos los demás, quizá no tanto por la elevación y el valor de sus obras espirituales, pero sí por la difusión en todas sus capas sociales.

Los nombres anotados en los anales de las letras y de las artes nacionales a comienzos del nuevo siglo: Sebastián Brant y Hans Sachs, Alberto Dürero, Matías Gruenewald y Hans Holbein, comprueban que aquí se trata de un despertar del pueblo alemán, que de generación en generación, creando siempre con mayor elevación, tiende a su expresión suprema. No en todas partes se alcanzó la misma altura, pero la poderosa evolución, la nueva vida en todos los terrenos, se reconocen sin lugar a dudas. Tenía razón Ulrico von Hutten, al exclamar: “¡Las ciencias florecen, los espíritus despiertan, es un placer vivir!”.

En todo se descubre la lozana inspiración de una fuerte conciencia nacional. Viene a nuestro encuentro, desde los escritos de los sabios y desde las producciones de la literatura cotidiana. Se investiga el pasado de Alemania, para demostrar que sus hijos fueron desde antaño un pueblo de grandes empresas y grandes obras, igual por naturaleza a todos los demás y hasta superior a los romanos mismos. ¡Como que Arminio el Querusco había derrotado ya a las legiones romanas! El período y la política de Maximiliano habían colaborado sustancialmente en despertar y alimentar tales pensamientos. Por primera vez, desde generaciones atrás, se presentaba la ocasión de moverse en asuntos europeos; mercenarios alemanes combatían bajo un rey alemán, en Flandes, Italia, Hungría: a menudo victoriosos, siempre imponiendo el respeto, y aun en los casos en que el resultado no respondía a los esfuerzos, se había aprendido a tener un justo concepto propio. Se sabía lo que se podía alcanzar en circunstancias favorables. En este terreno echó sus raíces el fuerte sentir alemán de Martín Lutero; en ese terreno, creció la resolución de Hutten, de escribir desde entonces en adelante sólo en alemán.

La conciencia de sí mismo, aumenta a menudo hasta un ridículo auto-endiosamiento. El primer libro sobre historia alemana, es también el más "chovinista" que se haya escrito jamás: el "*Epitome rerum germanicarum*", de Jacobo Wimpfeling. Se explica fácilmente: cuanto menos respondía la realidad a la elevada apreciación propia y a los grandes recuerdos, tanto más fácilmente el legítimo orgullo se convirtió en fatuo envanecimiento.

Necesariamente, la desproporción entre el ideal y la realidad, debía originar en los cerebros pensantes un profundo malestar. Cuanto más el alemán podía considerarse

con derecho a estar orgulloso de su propio pasado y complacerse de su propio valor, tanto más amargamente debía sentir el hecho de que representara tan poco en el ámbito de las naciones. La causa no podía quedar oculta. Alrededor, los vecinos se habían transformado en estados firmemente unidos; al alemán le faltaba el estado nacional. La constitución del Reich no era suficiente; tornaba impotente al Reich frente al exterior y en el interior consumía las fuerzas en hostilidades y luchas.

Esto se había sentido vivamente ya desde unas dos generaciones atrás; quienes sabían mirar lejos, habían reconocido, ya entonces, el peligro de una dominación extranjera, como última consecuencia de este estado de cosas. En 1433 Nicolás de Cusa había escrito en su "*Concordantia Catholica*": "Una enfermedad mortal ha caído sobre el Reich alemán; si no se le aplica muy pronto un contraveneno, llegará indefectiblemente la muerte. Se buscará al Reich en Alemania y ya no se lo hallará más, y, como consecuencia, los extranjeros tomarán nuestras residencias y se las repartirán entre ellos, y así quedaremos sometidos a otra nación". La necesidad de reparación llevó, desde la cuarta década de este siglo, a deliberaciones acerca de una reforma del Reich, que se renovaron nuevamente de década en década, sin dar resultado. No podían tenerlo, porque las intenciones de los deliberantes se contradecían entre sí. Para los príncipes, la reforma debía ser un medio para fijar y aumentar su propia participación en el gobierno del Reich. Por la misma razón, el emperador debía combatirlos, y también las ciudades eran adversarias naturales de cualquier aumento de todo poder principesco, por el que sus derechos especiales sólo podían sufrir menoscabo. Pero príncipes y ciudades se oponían de la misma manera a un robusteci-

miento del poder central del emperador. Por eso, las deliberaciones continuaron siendo totalmente infructuosas durante largo tiempo.

Esto cambió sólo cuando Maximiliano, para ganar el apoyo del Reich para su política europea, se vió obligado a atender los deseos de los príncipes. Pero los resultados desilusionaron mucho. Lo único que llegó a concretarse, fué la creación de un supremo tribunal del Reich provisto por los estados, o sea el tribunal de cámara del Reich, que por falta de créditos, no podía entrar en funciones, y la promulgación de una ley de perpetua paz territorial (ambas creaciones del año 1495), que fué letra muerta, porque carecía de poderes ejecutivos.

No pudo ocurrir de otro modo: las repetidas, y en parte agitadas, deliberaciones sobre la reforma de la Constitución, despertaron las esperanzas y aumentaron las pretensiones, y como su resultado fué un desengaño, el malestar empeoró más todavía. Es que, en el fondo, nadie se sintió satisfecho con la constitución existente: ni el emperador, porque no le ofrecía medios de poder; ni los príncipes, porque no les concedía influencia decisiva, y menos la nación, porque el Reich, en condición tal, no podía compararse con las naciones vecinas y se encaminaba hacia un peligroso futuro.

El gobierno de Maximiliano había dejado sin solucionar el problema constitucional. El Reich, la nación, vivían en una crisis política, y el problema consistía en saber si tendrían resultado las tendencias de una mayor limitación del poder central, mediante instituciones parlamentarias de los estados, o si el emperador lograría prevalecer más fuertemente que antes. Carlos V, para su elección, había hecho mayores concesiones que su abuelo. Fué asegurada la efectividad del tribunal de cámara del Reich

y el manejo de la paz territorial. Precisamente, con la creación de un régimen del Reich, que Carlos había prometido, los príncipes hubieran triunfado sobre el emperador. Pero solamente unos niños políticos, como eran entonces los príncipes alemanes, pudieron creer que el emperador mundial hispano-borgoñón se sentiría atado por semejante concesión. Se vivía, pues, en unos tiempos en los que, para la gran política europea, se hacían promesas y se prestaban juramentos sólo para no mantenerlos, y se convenían alianzas únicamente para romperlas. Tres años antes había aparecido el "*Príncipe*", de Maquiavelo, el libro que resumía en fórmulas dogmáticas el arte práctico de gobierno de ese período, como se ejercía conscientemente en todos los demás países fuera de Alemania. Carlos V no tenía necesidad de conocer el libro, para proceder según sus doctrinas. Maquiavelo tenía muy poco de nuevo que enseñarle, tanto a él como a cualquier soberano u estadista de aquellos tiempos. Sólo los alemanes ni sospechaban aún nada de todo esto. Por lo tanto, el problema de la Constitución alemana tenía que llegar a ser, más tarde o más temprano, el problema del poder entre el emperador y los príncipes.

Incomparablemente más honda fué una segunda crisis, que había estallado precisamente con el advenimiento de Carlos V al poder: la religioso-eclesiástica. No es una particularidad de Alemania; todo el occidente la vivió. Pero estalló primero en Alemania y obró allí en forma más permanente y profunda.

Desde hacía más de un siglo, la Iglesia había ido perdiendo cada vez más su primitiva situación, desde la cual había dominado toda la vida, tanto la del estado como la espiritual. La creciente cultura laica, la naciente crítica científica, alimentada por el estudio de la antigüedad

grecorromana, y el aumento de la dependencia del Papa de las potencias seculares, habían socavado el antiguo respeto por la Iglesia y por el clero. Llevaba agua al molino de la crítica el hecho de que la misma Iglesia admitía, y hasta anunciaba con énfasis, su necesidad de reforma, y de que trabajó en tres concilios por la reforma, pero sin lograr nada realmente eficaz. Cuando, a fines del siglo, los anhelos religiosos se hicieron más fuertes y las exigencias al clero aumentaron, creció también el descontento por las instituciones existentes. Ya no eran aptas, ya no eran suficientes en ningún sentido. Las formas del culto, con su fuerte invasión de supersticiones, ofendían el espíritu más ilustrado; las costumbres de vida del clero chocaban con una más severa conciencia moral. Ya no se quería reconocer, en círculos amplios, la pretensión de los eclesiásticos y de la Iglesia de dominar la vida pública y privada. Y estos conceptos se generalizaron.

A eso se agregó algo que correspondía solamente a Alemania. La Iglesia católica había sido hasta aquel entonces una monarquía centralizada bajo el poder del Papa como soberano absoluto. Desde Roma fueron regidas y explotadas, según la necesidad, las iglesias de todos los países. En las luchas por la reforma en el siglo XV, esto había sido fuertemente limitado en los países fuera de Alemania. En Inglaterra, como en Francia y España y hasta en Italia, el poder del estado había sido capaz de salvaguardar sus intereses a medida de las circunstancias. En todas partes la nación había llegado a ser su propia soberana en las cosas eclesiásticas. De ella dependía cuanto quería ceder a una potencia extranjera, como lo era el Papa.

También en Alemania se aspiró a esto, pero no se logró, porque se carecía de un poder de estado, fuerte y cen-



*yo de vno*

CARLOS Vº

Reunió en su persona las coronas de Alemania y España, formando así el imperio más grande que ha conocido el mundo.

Copia del óleo de Tiziano

(Buenos Aires, colección particular)

contramos con algunos fenómenos, familiares para nosotros en los tiempos más recientes como indicios de saturación económica: la acumulación de grandes capitales, la constitución de sindicatos financieros y la especulación, son acontecimientos conocidos y ampliamente comentados hacia el año 1500. Alemania aun no puede medirse, en bienestar, con Italia, con los Países Bajos o con Francia, si bien fenómenos aislados demuestran que no en todas partes la diferencia puede haber sido muy grande. En el mercado financiero internacional, por ejemplo, los Médicis, como casa bancaria dirigente, fueron reemplazados alrededor del año 1500 por los Fugger de Augsburgo. Por cierto que por esta razón no debemos imaginar a cada comerciante de Estrasburgo o de Nuremberg como millonario; de seguro también, la propiedad estaba todavía desigualmente repartida y había regiones y estados que debían considerarse como pobres; la facilidad con que se podía enganchar mercenarios en el Reich alemán comprueba que no todos hallaban un pasar de burgueses. En realidad, nunca hubo falta de soldados, a la inversa de Francia, donde la población, a pesar de su mayor número y densidad, no ofrecía el excedente necesario para fines militares. Pero, en su conjunto, Alemania es un país de holgura y, ante todo, de creciente bienestar.

La riqueza trae aparejada consigo la cultura. Ésta es una conquista relativamente nueva. Hasta la fundación de la de Praga (1346) no hubo en todo el Reich una sola universidad, exceptuando las que sostenían acá y acullá las Ordenes de frailes mendicantes para sus miembros y que, naturalmente, tenían extensión e influencia limitadas. El alemán debía aún en aquel tiempo buscar ciencia y cultura superior en Francia o en Italia. Sobre todo en Fran-

cia. La formación espiritual de la antigüedad alemana, ha sido dirigida desde allí.

Lo mismo aconteció con la poesía. Se sabe que la épica palaciega y las canciones de los trovadores, son por entero imitaciones y, en gran parte, hasta simplemente traducciones, de los modelos franceses. Son temas franceses, a menudo también ideas francesas, que se elaboran en formas francesas, y apenas puede negarse —así lo ha juzgado una autoridad como Gervinus— que la imitación, especialmente en la lírica, ni de lejos alcanza al original. En este aspecto constituye una excepción el Canto de los Nibelungos.

Sólo a fines del siglo XIV cede la influencia. Con la creación de las Universidades de Praga (en 1348) y de Viena (en 1365) perdió Francia el monopolio de la enseñanza docta. El gran cisma eclesiástico del año 1378, que indujo a alemanes y franceses a responder a distintos papas, completó la emancipación. Desde el momento en que los sacerdotes alemanes no podían estudiar ni enseñar más en París, porque allí pasaban por cismáticos, las universidades alemanas brotaron del suelo como los hongos después de la lluvia: Heidelberg, Colonia, Erfurt, Leipzig, Rostock, Friburgo; más tarde Basilea, Greifswald, Ingolstadt y Tubinga, finalmente Wittenberg; rivalizan entre sí y con las hermanas de hablas latinas de antiguo ya famosas. No las alcanzaron, menos aún las superaron, pero realizaron con amplitud lo que les correspondía, con su sola existencia, consiguieron lo que no se previó seguramente en el momento de su fundación: que la cultura superior, científica, recibiese un carácter especial, que muy bien puede llamarse nacional, a pesar de su esquema cosmopolita y de sus relaciones internacionales.

Lo mismo ocurre en lo que se refiere a las letras. La in-